



CAPITALISMO COGNITIVO Y PRÁCTICA TEÓRICA

La mediación social de la ciencia como problema

FRANCISCO SIERRA CABALLERO

www.franciscosierracaballero.com

RESUMEN

La determinación y naturaleza contingente de toda producción social de conocimiento hoy se torna más que evidente con el proceso de industrialización que envuelve la tarea de pensar en una academia crecientemente colonizada por la lógica totalizante de capitalización y tecnocratismo. Ello implica un problema de Sociología del Conocimiento, en el sentido de problematizar las nuevas formas de práctica teórica en los contextos histórico-culturales contemporáneos, desde el punto de vista del *sensorium* del actual modo de información que introduce el Capitalismo Cognitivo. Los efectos empírico-teóricos frente a las derivas de los nuevos contextos socio-técnicos – propiciados por la reestructuración del modelo de acumulación capitalista y las lógicas de apropiación privada del saber que afectan hoy a la práctica académica – constituyen en este sentido un problema epistemológico central que debe ser considerada desde una lectura materialista del quehacer intelectual. Pues están presentes en la vida del *cognitariado*, definen y gobiernan su organización y *modus operandi*, con el que han de compatibilizar viejos principios y modos de concepción de las Ciencias Sociales y las Humanidades clásicas ante exigencias productivas e instrumentales inmediatas, que son impuestas por las agencias y nuevos actores del sistema de ciencia y tecnología universalmente, y de forma muy particular en el caso de España. Frente a esta lógica, la crítica al Capitalismo Cognitivo y la defensa de una Comunicología Abierta pasa por abordar la cuestión central de esta discusión: reconocer o no la naturaleza comunal del conocimiento. El presente aporte presenta un análisis general de los procesos de sobredeterminación de la práctica teórica en España identificando los factores y consecuencias del modelo de regulación del trabajo científico a fin de tratar de contribuir a la construcción de una Economía Social del Conocimiento Comunicacional, poniendo en escena las discusiones claves para deconstruir y descolonizar los marcos axiológicos de referencia en los cuales se debaten y se imponen las agendas de un modelo de política pública orientado por una matriz colonial ajena a la propia cultura académica.

ABSTRACT

The determination and contingent nature of all social production of knowledge, today becomes more than evident with the process of industrialization that involves the task of thinking in an academy increasingly colonized by the totalizing logic of capitalization and technocratism. This implies a problem of Sociology of Knowledge, in the sense of problematizing the new forms of theoretical practice in contemporary historical-cultural



contexts, from the point of view of the sensorium of the current mode of information introduced by Cognitive Capitalism. The empirical-theoretical effects against the drifts of the new socio-technical contexts - propitiated by the restructuring of the capitalist accumulation model and the logics of private appropriation of knowledge that affect academic practice today - constitute in this sense a central epistemological problem that should be considered from a materialist reading of intellectual work.

For they are present in the life of cognitariat, they define and govern their organization and modus operandi, with which they have to reconcile old principles and modes of conception of the Social Sciences and Classical Humanities before immediate productive and instrumental demands, which are imposed by the agencies and new actors of the science and technology system universally, and in a very particular way in the case of Spain. Faced with this logic, the criticism of Cognitive Capitalism and the defense of an Open Communicology is to address the central issue of this discussion: recognize or not the communal nature of knowledge. The present contribution presents a general analysis of the overdetermination processes of theoretical practice in Spain, identifying the factors and consequences of the scientific work regulation model in order to try to contribute to the construction of a Social Economy of Communication Knowledge, staging the key discussions to deconstruct and decolonize the axiological frames of reference in which the agendas of a public policy model guided by a colonial matrix alien to the academic culture itself are debated and imposed.

KEYWORDS

Cognitive Capitalism/Mediatization/Open Communicology/Social Economy of Communication

INTRODUCCIÓN

Toda actividad investigadora presupone una práctica teórica mediada por la sobredeterminación de la actividad creativa. Un modo de producción es una relación social compleja que está en la base y viene condicionada por la lógica de mediación



social de las formas de pensamiento y enseñanza. En nuestro caso, de la Comunicología. No hay posibilidad de conocimiento sin trabajo. Toda mediación cognitiva es o presupone un proceso de producción. *“Esto implica que es el resultado del trabajo de la imaginación humana para elaborar ideas, conceptos, sistemas de ideas que articulan un margen más o menos amplio de dimensiones de la vida social que nos permitan comunicar lo que consideramos los procesos estructurantes o las formas más o menos permanentes o regulares en el tiempo en las que se están organizando las sociedades, los modos de su cambio e inclusive las experiencias individuales en el seno de ellas. (Tapia, 2013, p. 41).* Eludir esto es negar la dimensión constitutiva esencial de toda obra o pensamiento, cuando no idealizar la llamada sociedad cognitiva, en una suerte de impostura.

En su segunda acepción, la Real Academia Española de la Lengua define impostura como fingimiento o engaño con apariencia de verdad. Esta lógica no es exclusiva del universo mercantil que se cultiva en los medios. Afecta sobremanera a la propia actividad académica en un tiempo, como alerta Noam Chomsky, en el que las universidades han sufrido el asalto neoliberal del reino figurado de la mercancía con todos los fetiches habidos y por haber. Y ello en buena medida porque la cultura digital es una cultura del postureo. La crítica de la Comunicología en nuestro tiempo viene marcada por el simulacro y la deriva de indicios y formas inconsistentes de reflexividad social general. De ahí que, como en las redes, prevalezca el reino de la apariencia. La expectativa vital del reino de la vanidad mal entendida es la base de una práctica teórica sujeta, subordinada y objeto de colonización del Capital. *“El entusiasmo sostiene el aparato productivo, el plazo de entrega y tantas noches sin dormir, los procesos de evaluación permanente, una vida competitiva, el agotamiento travestido, convirtiéndose en motor para la cultura y la precariedad de muchos que buscan vivir de la investigación y la creatividad en trabajos culturales o académicos” (Zafra, 2017: 16).* El investigador *influencer*, el académico TED manager se conforma así hoy como una mercancía visible objeto de captura en virtud de su visibilidad. El valor de su trabajo es más estético que reflexivo, más mediático que político y más mercadotécnico que filosófico. Por ello es preciso resistir a la deriva del Capital que amenaza la propia existencia de la investigación social a fin de comprender y transformar nuestro mundo normalizado por lo que algunos hemos convenido denominar Capitalismo Cognitivo.

La revolución telemática que determina hoy el modo de hacer y pensar nuestro oficio es, de acuerdo con Michel Serres, la alteración de posición y postura de los *prosumidores*. Y por ende de los propios estudiosos de los fenómenos de la información y la comunicación. Por ello, en la era Trump de los *fake news*, la crítica de la crítica resulta a todas luces más que oportuna cuando se nos plantea, en la Academia, la legitimación de un discurso que, por principio, participa de la espiral del disimulo inmersa como está en la cultura de la posverdad. Nada nuevo bajo el sol. Hace casi un siglo, Orwell vindicaba la verdad como un acto revolucionario. Y hoy parece necesario recordar sus palabras para entender las derivas de un campo sujeto a tensiones y celeridades propias de una competición sin sentido. Así, en nuestro tiempo, el rumor, la incertidumbre e inexactitud han impuesto como norma el pensamiento débil consustanciales al modelo de acumulación flexible del turbocapitalismo en el que el entretenimiento es seguir la apariencia de los hechos en función de una estructural disonancia cognitiva. El resultado de esta lógica es el odio a la crítica fundada, el



rechazo del conocimiento consistente e incluso, más allá, el desapego y desafección hacia las instituciones académicas en virtud de un populismo mal entendido que, desde la tradición sociocrítica, resulta del todo inaceptable como posición irracionalista. En el trasfondo de esta evolución, existe una clara voluntad de tomar como definitivo el asalto a la razón y, como resultado, garantizar la renuncia de la conciencia a todo proyecto emancipatorio. Por ello, un síntoma revelador de las lógicas imposturas de nuestro tiempo es la renuncia a la perspectiva histórica. Los tiempos excedentarios del Capitalismo Cognitivo son propios de un presente perpetuo, una práctica teórica del aquí y ahora, o peor aún del afuera y del no lugar, pues el empirismo abstracto impone la racionalidad positivista donde el lugar, lo concreto, queda anulado como anclaje de la práctica teórica.

Ahora bien, en Ciencias Sociales, parafraseando a Mattelart, solo es científico, elaborador de una verdad, “un método que surja de una situación histórico política determinada y que verifique sus conclusiones en una práctica social acorde con las proposiciones histórico-políticas en las que se pretende inscribirlas” (Zarowsky, 2007: 21). Desde una filosofía de la praxis, sabemos que no hay conocimiento sin mediación social. La práctica teórica es siempre objeto de sobredeterminación. Más aún cuando en tiempos como hoy se ha producido una transformación estructural del proceso de producción y socialización del saber social necesario al mudar las condiciones materiales, la infraestructura y tecnología de acceso al conocimiento, así como la función social de la investigación. Esta ha ampliado su alcance y ámbito de actuación merced a las continuas conexiones y entrecruzamientos, con lecturas hipertextuales, aprendizajes colaborativos y prácticas creativas de consumo en las redes ubicuas de interrelación social que signan o atribuyen a la función intelectual nuevos roles y condiciones. El presente texto ilustra hasta qué punto las lógicas tardocapitalistas de cooptación y control del pensamiento libre, la determinación de la forma-pensamiento de la escritura académica han sido alteradas al albor de las nuevas lógicas de reproducción social en el Capitalismo Cognitivo. La diferencia de la lectura que aquí desarrollamos sobre otros ejercicios de metainvestigación en el propio campo de conocimiento de este artículo es que cuestionamos, por principio, a nivel de la epistemología y el análisis de la referencia, el problema de fondo que late sobre la renuncia al espíritu crítico, a saber, la imposición en nuestras universidades con la lógica de la impostura de una cultura de investigación que procura no preguntar las cuestiones decisivas, no escuchar a los interlocutores y pares de la comunidad y, en suma, evitar pensar fuera de las normas de lo decible y aceptable según el orden reinante. En nuestro tiempo, se ha remplazado así la interpretación de la comunicación por la glosa y el comentario renunciando, por principio, a la voluntad de transformación del mundo que habitamos. El comunicólogo hoy confunde lo evidente con lo sustancial, la epidermis social con la esencia de los fenómenos que estudia, y lo urgente con lo necesario en menoscabo de las preguntas intempestivas, la propia formulación teórica y la voluntad de interpelación, sometido como está por la urgencia de un estéril productivismo y un entorno colonizado por la tecnología y las políticas científico-técnicas neopositivistas a una forma de práctica teórica marcada por la inusitada fascinación propia de las fantasías electrónicas criticadas por Vincent Mosco hace más de tres décadas. Y es que la hipervisibilización mediada de las pantallas marca el dominio de la imagen especular del Capital.



Las formas culturales disruptivas de la economía digital dan cuenta así de una nueva lógica de la mediación social y del valor que afecta sobremanera al trabajo intelectual. Primero por la temporalidad y financiarización intensiva de la economía. El salto cualitativo que experimenta el capitalismo, de acuerdo con Deleuze, ya no es solamente material sino también formal y cultural, y tiene en la imagen un campo de problematización, siguiendo con las aportaciones de Marx en torno al fetichismo de la mercancía, en cuanto que esta relación es una relación reflexiva indirecta. En este nuevo marco, la influencia del pensamiento administrativo ha llegado a tal grado que la mayoría de investigadores ignora el proceso de determinación que condiciona su práctica académica, tanto en la selección de las agendas y objetos de estudio como en el diseño metodológico y los marcos conceptuales de comprensión del fenómeno de la comunicación como problema.

La econometría reedita así hoy, en la evaluación de la productividad académica, la historia como farsa de los nuevos mandarines en nuestro tiempo. Los rankings de universidades, revistas, departamentos y centros de investigación, la cultura de libre competencia y productividad del sistema científico-técnico rompen con el principio de cooperación que debiera regir, necesariamente, en la comunidad académica para el avance y progreso general del conocimiento. En otras palabras, conforme avanza esta lógica *parametral* del Capitalismo Cognitivo, se impone una cultura privativa, de alienación del conocimiento de su origen público y común como característica primordial de la actividad investigadora. Una clara constatación, o efecto más pernicioso, de la ausencia de una Comunicología Abierta, es la invisibilidad del campo propio de configuración del saber local en función del neocolonialismo del Norte. Apenas unas pocas revistas latinas aparecen en Web of Science, pese a la mejora en los últimos años. Las políticas de ciencia y tecnología imponen además el criterio de la difusión, no la calidad, como elemento o indicio de validación de la productividad científica. Se observa en este proceso una suerte de neocolonialismo –en este caso angloamericano– que exigiría ser evaluado desde el punto de vista cualitativo. En cualquier caso –sin entrar a cuestionar la calidad de los productos difundidos en este modelo– lo cierto es que la imposición del inglés como lengua franca en la ciencia, sin discusión alguna, es resultado de una política pública que socava las propias bases culturales, que acepta una lengua foránea – solo *una*– como lengua vehicular no solo en organismos internacionales, sino incluso en las propias publicaciones académicas, por primera vez en la historia después del latín. La paradoja es que en espacios como la UE, donde se han invertido millones de euros –y antes *ecus*– para fomentar la diversidad y pluralismo lingüístico, con redes como los Centros de Documentación Europea (CDE), finalmente se termina por justificar el monolingüismo por razones presupuestarias. Se niega así la dimensión cultural e ideológica asociada a la producción y difusión del conocimiento. Veamos a continuación como se configura esa lógica de observación.

CARTOGRAFÍA DEL CAPITALISMO COGNITIVO

Una de las características esenciales del nuevo espíritu del capitalismo es que se fragmentan los cronotopos y la atención se expande, proliferando soportes, espacios y experiencias singulares que rompen con la linealidad propia del fordismo-taylorismo y



la llamada cultura de masas alterando el ecosistema cultural del mundo del trabajo y del consumo, tanto como el propio ámbito académico. La nueva economía política de los bienes comunes en la era de la información plantea como consecuencia el problema de las reglas prácticas que permiten reproducir los recursos compartidos y, desde luego, las formas institucionales de organización del conocimiento puestas en crisis con la revolución digital. Todo un reto que viene apuntándose en los estudios económicos desde la perspectiva neoclásica y que, curiosamente, salvo gloriosas excepciones, no se impugnan y se aceptan acríticamente como un proceso natural en el campo de la investigación académica. Esta constatación tiene sin embargo raíces históricas y económico-políticas.

A partir de Machlup, por ejemplo, la economía neoclásica reconoce en la información, los recursos cognitivos y educacionales, factores estratégicos de competitividad y de crecimiento. “El conocimiento científico forma parte de la producción económica hasta tal punto que el paradigma económico dominante se ha desplazado de la producción de bienes materiales a la producción de la misma vida. Cuando el conocimiento se identifica de ese modo con la producción, no debe sorprendernos que los poderes económicos quieran poner su marca a los conocimientos y someter la producción del conocimiento a la ley del beneficio privado” (Negri/Hardt, 2004: 326). Ello exige problematizar el *General Intellect*. La teoría de redes de valor ilustra, por poner un caso, que cuanto más se socializa el conocimiento más valor adquiere este. Ahora, “no es la naturaleza del conocimiento lo que hace que sea productivo, sino las reglas jurídicas y las normas sociales que garantizan o no su extensión y su fecundidad” (Laval/Dardot, 2015: 185). La organización implica, en el caso de la disputa por el código, una irreductible contradicción o tensión dialéctica entre lo material y lo inmaterial, en el fondo, como argumentara Castoriadis, básicamente política. Podemos hablar de “una doble articulación del lenguaje de los objetos, según Echeverría, definida por una articulación material insuperable, y una creación libre de formas, y, en ese nivel, una suerte de relación inversamente proporcional entre la materialidad del objeto y su carga semiótica : en uno de los extremos, la palabra, vaporosa, casi inmaterial y dotada de una poderosa capacidad de semiosis; en el otro, la maquinaria industrial, maciza, densa, hierática y casi inexpresiva” (Moraña, 2014: 147). En otras palabras, las relaciones no solo son imaginarias, ideales, sino también, y sobre todo, producto de la experiencia mediatizada por intereses, por poder, situación y desigual posición de observancia en la definición de todo campo, también el campo de conocimiento. Pues no hay pensamiento sin acción, sin contexto ni performatividad. Por lo que, como enseñara Gramsci, no es posible pensar fuera, no es posible el mito de la exterioridad. Toda narrativa, también el discurso científico, es una forma de cavar trincheras. Por ello, analizar los problemas contemporáneos con criterio, de forma integral y perspectiva histórica, nos remite inexorablemente, en términos de Bourdieu, a una determinada posición. Esto es, como advertía Mandel, no debemos desconectar la historia por arriba con las estructuras de dominación de la historia por abajo y las formas concretas y particulares de articulación, en nuestro caso de la Comunicología como campo de conocimiento social. La brecha entre cultura y política, entre pensamiento y acción, que trata de eludir la indisoluble articulación de teoría y praxis por la general influencia de una posmodernidad acrítica, es uno de los síntomas, a nuestro juicio, de la notoria carencia de reflexividad en la producción científica. De ahí que resulte prioritario comenzar a transitar el camino perdido de la voluntad emancipadora del juicio de la razón como fundamento empezando por la asunción de



algunas tesis sobre Capitalismo Cognitivo que cabe advertir con la mediación social general de la lógica de valor que hoy permea, incide y condiciona la práctica teórica de un sujeto del trabajo intelectual, objeto, indudablemente, al mismo tiempo, de un proceso de captura y subsunción sin antecedentes en la era del capitalismo industrial. Considerar esta idea es un primer paso para, a nivel metateórico, discutir la realidad particular, observable en lo concreto de nuestro entorno. Pongamos por caso la investigación en comunicación, aquí y ahora. Si, de acuerdo con Carlos Mangone, analizamos los encuentros por ejemplo de FELAFACS y ALAIC se puede observar un evidente desplazamiento temático, a discutir, con “la caída del espíritu crítico y, sobre todo, el abandono de una intervención político intelectual que había distinguido a las disciplinas en los años sesenta y setenta, cuando debía ganarse un lugar en las ciencias sociales de la región” (Mangone, 2007: 1).

En “La impostura crítica. Desventuras de la investigación en comunicación” (Gedisa, Barcelona, 2018), los profesores Salinas, Hans y Ossandón analizan empíricamente la deriva del campo concluyendo con una provocación teórica, en el sentido etimológico del término, que nos obliga a cuestionar tal deriva, tratando de pensar las mediaciones que ha jalonado la historia de la ideas en comunicación considerando la UNIDAD DEL DISCURSO CRITICO MATERIALISTA para un develamiento de la compleja opacidad y la falsa transparencia que hoy impera en nuestras rutinas investigadoras, notoriamente afectadas por una práctica teórica y escritura, por un modo de pensar y quehacer Comunicología sujeta a las nuevas condiciones de producción del saber social necesario que impone la nueva norma de subsunción del trabajo intelectual. Un ejercicio claramente arriesgado, en los tiempos que corren, y sobre todo pertinente en la medida que vindica la potencia creativa de la productividad epistemológica de lo político desde la militancia y el compromiso histórico, nada más y nada menos que desde Chile, paradigma del relato absolutista del ordoliberalismo. Pero continuemos con nuestra argumentación para cartografiar este Capitalismo Cognitivo.

Sabemos, es claramente perceptible, que hoy asistimos a un cambio del modelo de explotación capitalista orientado por la lógica privativa que amenaza con arruinar el saber, la Academia, y la propia capacidad de reproducción de nuestra sociedad, en la era de la lucha por el código. Pues ninguna sociedad puede reproducirse si no comparte un mínimo repertorio de conocimiento en común. El cuerpo social exige conocimiento, científico o no, distribuido. El grado de socialización condiciona la dinámica histórica. Por ello, las tesis críticas aquí expuestas no solo son una lección para revisar el estado del arte de la escuela crítica. Los análisis de contenido y la crítica de la mediación social de la ciencia antes que nada resultan ser de obligada reflexión al situar el reto de la relación Ciencia/Sociedad desde nuevas matrices y fundamentos para la crítica consciente y transformadora.

La historia y sociología de la ciencia ilustra las complejas y profundas relaciones intrincadas entre práctica académica y procesos productivos, culturales y geopolíticos que son innegables y que deben ser problematizadas especialmente en la llamada Sociedad del Conocimiento. De acuerdo con Boltanski, “la distinción entre el mundo y una realidad construida mediante estructuras dadas que permitan estabilizarlo representa un elemento crítico esencial en el régimen de dominación característico de las



democracias capitalistas. Este régimen se fundamenta en la (ciencia y la) técnica. Lo que caracteriza al mundo es ser lo que es y no poder ser de otro modo. Pero es en esta única diferencia esencial la que, precisamente, distingue al mundo de la realidad; un mundo que no conocemos y que no podemos pretender conocer desde un enfoque totalizador. Ahora bien, en la metafísica política que subyace a esta forma de dominación, el mundo es precisamente lo que podemos conocer ahora, a través del poder de la ciencia, es decir, de manera indisociable de las ciencias naturales y las ciencias sociales o humanas” (Jensen, 2015). Es habitual en nuestro tiempo justificar esta dicotomía para instaurar una suerte de investigación administrativa al servicio del mercado. En este sentido, el neopositivismo hegemónico hoy imperante campa por sus fueros con la paulatina extensión de la lógica de la propiedad privada y la mercantilización de la ciencia de forma acrítica, al aislar el quehacer intelectual del contexto de referencia. Más aún cuando, como hemos dicho, citando a Chomsky, hoy la universidad ha sufrido el asalto del neoliberalismo. Así, la imposición del copyright en las políticas de ciencia y tecnología es un hecho, mientras se extienden las diversas formas de restricción de los accesos al conocimiento de dominio público. Ello se ha traducido en una “*commodification*” bajo hegemonía de grandes corporaciones en el proceso de producción y reproducción del saber. Esta lógica se inicia en Estados Unidos, con especial intensidad a partir de los años ochenta, durante la administración Reagan, si bien ya una década antes, la del derrocamiento de la Unidad Popular, en los años setenta, se observa “la extensión de la aplicación de las patentes a dominios nuevos, en particular el de las artes, las letras y en general la creación, pero también en el de la vida. Procedimientos comerciales, programas informáticos, sustancias contenidas en las plantas, pueden ser ahora objeto de patentes mediante una asimilación del descubrimiento científico a la invención comercializable. Igualmente, los derechos de los propietarios de patentes han sido reforzados, tanto a nivel nacional como internacional, y su duración se ha extendido” (Laval/Dardot, 2015: 131-132).

S En este marco, la Comunicología, como el conjunto de las Ciencias Sociales y Humanas, de la investigación en general, precisa definir una agenda común sobre tales cuestiones, reconociendo la centralidad de la subsunción del trabajo intelectual. Si los procesos de acumulación por desposesión es una característica del modo contemporáneo de explotación capitalista, discutir los sistemas de propiedad intelectual y sus efectos en el conjunto de las industrias culturales y sistemas de información y conocimiento, se torna, desde este punto de vista, una prioridad estratégica que, para el caso, apunta la necesidad de repensar las formas de determinación del trabajo creativo, la jerarquización de los discursos científicos y las autorías con las que hoy se encubren desigualdades de la división internacional del trabajo intelectual entre el norte y el sur globales, o problemas concretos como la centralización y el oligopolio de las plataformas de divulgación científica basadas en criterios típicos de un diagrama en el que se valora un tipo de rentabilidad ajena a la producción de nuevo conocimiento, o incluso la estigmatización de determinados campos de saber dentro de las disciplinas por su baja rentabilidad económica. La politización de la *decolonialidad* proyecta en esta línea un programa de trabajo a discutir partiendo del principio de apertura de espacios de cooperación y apropiación del conocimiento en función de los cambios en la producción académica determinada por la relevancia de lo virtual sobre lo presencial y de la centralidad de la mediación social de la ciencia. En esta línea, discutir los sistemas de propiedad intelectual, y sus lógicas estructurales en su afectación a las



prácticas concretas de investigación, se torna una cuestión neurálgica por la radicalización creciente del sistema de apropiación del conocimiento que, con otros tipos de mecanismos regulatorios, se imponen con fuerza a través de diferentes escenarios, desde las negociaciones político-económicas supranacionales hasta las agendas políticas que prefiguran la promoción de modos de vida precarios y flexibles entre los profesionales de la educación y la investigación social. En estos contradictorios procesos radica la lucha en común que hemos venido proponiendo desde ULEPICC (www.ulepicc.org) en contra de los monopolios artificiales sobre bienes materiales e inmateriales, en pro de un biosocialismo de los bienes de información y conocimiento de código compartido.

En línea con el Modest Manifesto de Syndicate for Initiative, sabemos que el conocimiento es limitado, que no es posible eludir la situación de producción de saber, pues siempre hay una praxis, un proceso, más o menos libre al tiempo que determinado, que hace posible la traducción e interpretación de la realidad esto es, como un proceso de construcción por principio negado en el Capitalismo Cognitivo. El espíritu de la economía de la cultura en nuestro tiempo es el del exceso, propio de una lógica neobarroca. La lógica excedentaria de la creatividad en red tiene, sin embargo, como contrapartida la escasez artificialmente producida por el capital. La digitalización tiende así pues a reducir el alcance del proceso de socialización del conocimiento para compartir como característica primordial del comunismo digital. “La permanente cuantificación del mundo (nosotros también, que vamos adjuntos) y la hipervisibilidad de estos procesos (la vida al lado de nosotros mismos) nos transforman. Y lo hacen desde un punto de vista también material y claramente biopolítico” (Zafra, 2017: 20). Trabajo inmaterial y cuerpo esclavizado están pues ligados en el Capitalismo Cognitivo como parte del proceso de captura del trabajo de investigación que afecta sobremanera, como vemos a diario, al control del tiempo. Sabemos que las nuevas tecnologías digitales han alterado la experiencia cultural del sujeto moderno por la subsunción del eje temporal en las formas de narración. “Cuando se alteran las condiciones de definición del tiempo, no sólo se problematiza la realizabilidad de nuestros deseos y la proyección en el presente del recuerdo, sino que esos propios deseos y proyecciones se transforman en algo otro y capaz de vivir otra historia completa, porque lo que en ese momento se vuelve patente es que el propio desear o el memorizar es una variable funcional que es estructuradora – y no únicamente una estructura pasiva o absoluta – de la propia forma de la experiencia del tiempo” (Brea, 2007: 153). Si en la modernidad el conocimiento científico asume la función de regulación del cambio social y, por tanto, de estructuración del tiempo por medio de la cultura de archivo o, en el sentido de Abraham Moles, conservadora, hoy en la cultura digital, el archivo, la lógica big data objeto de captura del Capital, distingue, categoriza y establece jerarquías normalizadoras ajenas a la propia comunidad científica, de modo que se excluye la diferencia y toda disidencia domesticándola con normas de regulación temporal. Gran parte del proceso de dominio del saber y la investigación profesional se orienta por lo mismo a romper el *habitus comunal* y establecer nuevas rutinas individuales de forma administrativa. Sabemos que el motor de la producción de conocimiento y de la innovación exige comunicación y colaboración, trabajo en común, pero la política de ciencia y tecnología establece la continua mudanza de hábitos y la adaptación individual como forma de captura del trabajo vivo de creación de las redes de investigadores. Como advierten Negri y Hardt, “los hábitos no son obstáculos para la creación. Por el contrario, proporcionan la base común para que pueda darse la creación. Los hábitos



forman una naturaleza que es producida y productiva al mismo tiempo, creada y creativa: una ontología de la práctica social en común” (Negri/Hardt, 2004: 234) que hoy el Capital trata de regular como forma de apropiación de la inteligencia social general. Hoy el trabajo inmaterial se funda en la creatividad productiva, mediada instrumentalmente para el desarrollo privado de la comunicación, adaptándose permanentemente a nuevos contextos de acuerdo a las nuevas exigencias de flexibilidad y la movilidad de procesos de cambio inestables, complejos y problemáticos por no decir estérilmente problematizadores. De ahí la importancia de la performatividad de lo común, negado por principio por la política de ciencia y tecnología. La triple dimensión comunal del trabajo creativo de toda actividad investigadora es por ello relegada por las autoridades del Estado. Así, se cercan las actividades compartidas de investigación, el tiempo de adquisición de competencias universales del lenguaje y códigos compartidos, las tareas afectivas y prácticas sociales de los saberes construidos en diálogo seminal, que la ANECA, el CNEAI y la propia Secretaría de Estado inhabilita como significativas en las carreras académicas y en la propia producción del saber social acumulado, como si la creación fuera un acto individuado. En otras palabras, el sistema de ciencia y tecnología separa, divide, fragmenta, desliga, altera las ecologías de vida necesarias para la producción mancomunada del conocimiento, una exigencia propia de la modernidad, al tiempo que impone normas y protocolos administrativos de control, evaluación y medición verticales, inconsistentes y no contrastados, afectando finalmente a la economía común del conocimiento socialmente validables.

Así, por ejemplo, recientemente el Ministerio de Economía y Competitividad ha impuesto como una de las medidas de la evaluación expandida en esta dirección que los Investigadores Principales con proyectos de I+D cuantifiquemos la dedicación de los participantes en el equipo del proyecto, como si la creatividad, la innovación o el estudio pudieran determinarse con exactitud. Una contradicción que incide en el absurdo de la racionalidad del cálculo del valor cuando se pide además a los investigadores que el tiempo de dedicación no sea superior al convenio marco de relaciones laborales, dándose así la paradoja de imponer la ficción entre el control del tiempo de lo real (dedicación efectiva al estudio) y lo figurado (tiempo fiscalizado por el Ministerio en la supervisión de los trabajos de I+D). Esta dinámica de la burocratización, complementaria de la privatización del sistema de ciencia y tecnología, se produce a la par que una lógica cultural de aceleración de la experiencia posmoderna. Y, tal y como advierte Remedios Zafra, no hay espacio para la conciencia cuando el tiempo cede a la actividad frenética. La lógica de la impresión pone en peligro la atención y la reflexividad sobre el hecho, sustancial, de la observación. El Capitalismo Cognitivo introduce así una ruptura en el vínculo moral, en las formas de convivencia y socialización, en los procesos de intercambio y representación social. En la medida que la cultura digital es una cultura de la mediación mercificada, un espacio de sujeción que individualiza y somete al sujeto del conocimiento al principio de universal equivalencia, la objetivación de los rankings, índices de impacto y fórmulas convencionales replicadas del Norte al Sur global, más que validar el conocimiento terminan, a base de indicios, invalidando el valor social del conocimiento producido en la justa medida que este queda sujeto cada vez más a la racionalidad del valor de cambio. En este marco, cabe cuestionar la estandarización de procedimientos entre ramas y disciplinas y culturas académicas (claramente de matriz angloamericana), la mudanza e inestabilidad normativa que, como indicamos, tiene por objeto deconstruir y anular los hábitos y dinámicas mancomunadas del conocimiento libre, los indicadores de productividad y



evaluación, claramente sesgados e improductivos pues expulsa a buena parte del claustro académico de la actividad investigadora, o la propia precarización de la llamada clase creativa con la profusión de modalidades de contratos y la continua evaluación interminable y año tras año modificada con mayor exigencia mientras sigue sin regularse el Estatuto del Personal Docente e Investigador en medio de las reformas continuas que amenazan hoy por hoy la pervivencia de la universidad y el poder adquisitivo de estos profesionales de la educación superior y la investigación que, como es comprobable, va menguando progresivamente año tras año.

SUBSUNCIÓN DEL TRABAJO INTELECTUAL. PRECARIEDAD, BUROCRACIA Y OBJETIVACIÓN.

La subsunción de la práctica académica por el Capital se traduce hoy en la acomplexada lógica neopositivista de lo cuantificable mercantilizado para la libre y rápida circulación frente a toda veleidad experimental o creativa. “Una lógica exponencial y performativa que se alimenta de índices de impacto y que se aferra por crear valor y cultura académica con ellos. No importa si en el tránsito debe despojar a las obras creativas de los grados de dificultad y sombra que todo conocimiento libre precisa para interactuar, para hacerlo en una cultura del saber radicalmente distinta después de internet” (Zafra, 2017: 77).

El desplazamiento del eje de acumulación del Capitalismo Global, desde el Capitalismo Industrial Fordista al Capitalismo Postfordista en el que, a más de la explotación de la fuerza del trabajo física e intelectual, se produce la subsunción total de la vida, transformando la actividad relacional y las actividades sociales digitales en relaciones económicas y productivas, sitúan el reto de repensar el trabajo inmaterial, las industrias y los bienes culturales de producción y reproducción simbólica, como un reto para la Comunicología, concebida como Ciencia Aplicada de lo Común, como Conocimiento Abierto, más allá del fetichismo tecnológico y las fantasías electrónicas habituales en nuestro campo. El desarrollo exponencial de los sistemas de información y conocimiento plantea de hecho, se ignore o no, nuevas problemáticas en materia de Economía Social del Conocimiento que debe ser objeto de consideración por la propia comunidad académica, no solo por las implicaciones geopolíticas que tiene para el desarrollo, sino por el propio sentido social de la práctica investigadora en el marco del nuevo espíritu del capitalismo. Son de hecho ya conocidas las consecuencias del proceso de captura y acomodamiento de la investigación en países como España, comenzando por el reinado del pensamiento débil y la vulnerabilidad del investigador derivada de la lógica del *dumping*, la publicidad engañosa, los desequilibrios y la concentración de poder en el campo del conocimiento, que hoy dibuja un escenario no habitable para la concepción de servicio público de la investigación en el ámbito académico; y continuando con la colonización del modelo de organización de las universidades y la comunidad académica en tiempos de ausencia de conciencia por exigencias del libre comercio, que amenaza la propia posibilidad del trabajo científico. En esta dinámica, “la apariencia es el mensaje, la internacionalización el incentivo, la



indexación el motor (...) (y como resultado la cultura académica cedida al mercado impone un sistema de expertos escenificado, sostenido por la precariedad, marcado por la burocratización y mercantilismo extremo, con primacía de criterios derivados de las ciencias mejor posicionados como modelo de encaje de nuevas formas de pensar y conocer” (Zafra, 2017: 80). El resultado, una nueva figura de investigador que Remedios Zafra califica como el hombre fotocopiado. En este marco, una función crucial de los intelectuales es la autorreflexión sociocrítica sobre su propia función discursiva y sobre las políticas culturales que delimitan el margen de lo decible o pensable. En otras palabras, la teoría debe contribuir a la producción del acontecimiento abriendo esferas públicas políticamente activas que vislumbren alternativas a las contradicciones que atraviesan el orden social en nuestro tiempo. Pero para el hombre fotocopiado todo hacer es un replicar sobre lo mismo, anclado como está en el pensamiento sedentario y la razón instrumental.

Al respecto cabe recordar que la ciencia cercada ataca el principio comunitario consustancial a la naturaleza del trabajo intelectual, en la medida que rompe la necesaria lógica de reciprocidad consustancial a la idea moderna de comunidad académica. Lo común, del latín *munus*, exige prestaciones y contraprestaciones, deuda y don, deber y reconocimiento en una cooperación productiva de intercambio que, cuando se bloquea - por ejemplo, imponiendo la lógica de la repetición frente a la creatividad, o directamente limitando el debate y deliberación entre pares- impide el progreso general del conocimiento. En otras palabras, no puede haber puesta en común si los accesos son restringidos, ni representatividad pública de la ciencia si esta queda cercada por oligopolios comerciales. Esto es, el imperio de la mercantilización de la ciencia anula toda *coobligación* que da consistencia a la comunidad científica y a la cultura académica de inter pares. En el paso de la cooperación a la competencia, tal dinámica está, como consecuencia, incidiendo en problemas agravados sobre la renta tecnológica y la mutación institucional de la Universidad, sometida a normas reglamentarias que se derivan de acuerdos de libre comercio con los que se restringe las libertades de la actividad creativa de los profesionales de la enseñanza y la investigación. Frente a esta lógica, hoy dominante en la ciencia, reivindicar el Conocimiento Abierto no es otra cosa que reconocer la existencia de un campo de disputa y lucha epistemológica a partir de las preguntas intempestivas que toda teoría crítica ha de afrontar en esta línea. A saber: Conocer QUÉ, para QUIÉN, desde DÓNDE.

Si bien el neoliberalismo ha tendido a ocultar lo que de facto es un hecho, las homologías y conexiones existentes entre sistema productivo y sistema de ciencia y tecnología son evidentes, en la era del Capitalismo Cognitivo. Así, la Comunicología, al igual que cualquier otro campo social de conocimiento, no puede eludir estas preguntas fundamentales, salvo renunciando a un principio consustancial a la razón: la reflexividad. De ahí que la crítica teórica sobre el quehacer de la investigación pase por



una mediación reflexiva entre actividad productiva y formación del talento humano, haciendo real la potencia transformadora del saber: de la disciplina del capital a la autodisciplina de la fuerza creativa. No otra cosa es la emancipación que, como explicara Castoriadis, el permanente afán de autosuperación, y en política pública la dirección económica, política y cultural, que en nuestro caso debería significar el paso:

- De la fuga de cerebros a la acumulación de talento y capital cognitivo.
- De la escuela privada y de pocos a la educación para todos.
- Del conocimiento cercado al saber concebido como bien común.
- De la penuria y economía del conocimiento basada en la escasez a la excelencia como valor compartido.
- De la educación instrumental a la educación innovadora.
- De la maximización de ganancias y la lógica del lucro (hoy cuestionada como modelo en Chile) a la socialización de saberes.
- De la universidad fábrica social fordista a la economía social del conocimiento.
- De la universidad reproductiva de saberes muertos a la universidad viva y transformadora de educación para el cambio social.
- Y del I+D+i a la agenda de Investigación Responsable, el Emprendizaje Social y Solidario y la Innovación (IR+ESS+IS).

De acuerdo a esta filosofía, la vindicación de la Comunicología Abierta no es en otro sentido sino la apuesta por una transición del trabajo muerto y los paraísos fiscales al trabajo vivo, a la educación como espacio de construcción, en el paso de lo individual a lo social-colectivo y de lo privado a lo público comunitario. Un ejercicio de reflexividad crítica que hoy más que nunca es necesario desplegar deconstruyendo la impostura de una cultura de la cita que entre el culturalismo y el cultismo termina por resultar *hípster*, en su clasismo y en su ausencia de clasicismo. De hecho, la clasificación de acceso y evaluación en la carrera académica, como el nuevo régimen de visibilidad, viene marcado por un estricto proceso de estratificación y jerarquización. Hay una correlación, constatable, entre lógica de la razón instrumental, cultura replicante y subsunción intelectual. Veamos el trasfondo de develamiento para la crítica, implícita, a la función actual del pensador o intelectual, y la práctica teórica del modo de análisis contemporáneo sujeto a la lógica del Capital.

La cultura y el modo de producción del Capitalismo Cognitivo, tal y como explica Jameson, se han fusionado produciendo la subsunción del trabajo intelectual bajo las exigencias neopragmáticas de circulación en una suerte de tiempo pseudocíclico del que la comunidad académica es poco consciente, pese a la afectación inmediata sobre su trabajo. Los organismos nacionales e internacionales de ciencia y tecnología imponen



así el dogma fundamentalista del neopositivismo, la razón de la existencia constatada de un orden inmutable al cual están sometidos todos los acontecimientos, incluidas las agendas, métodos y preguntas aceptables por hacer en investigación social. En este escenario, el reto del pensamiento crítico pasa por reconocer tal lógica para, desde una posición antagonista, definir otras maneras y formas de interlocución distintas a la forma dominante de captura que impera hoy en la academia. Eludir este compromiso intelectual es negar la dimensión constitutiva esencial de toda obra o pensamiento, cuando no idealizar la llamada sociedad cognitiva. Por ello resulta necesario, primero y antes que nada, repensar las mediaciones que atraviesan y definen en la actual fase de desarrollo histórico el llamado Capitalismo Cognitivo, inclusive si hablamos de producción y difusión del conocimiento o en términos estrictamente académicos. Pues, ciertamente, el mundo ha cambiado y con él el sentido, condiciones materiales y dinámica de la escritura y producción en sí del saber social validable. Nuestra actividad intelectual vive una profunda mutación y exige en lógica coherencia ser objeto de consideración a profundidad para dar respuesta a los retos civilizatorios que vive la humanidad. Con este afán, la creación intelectual y la comunidad académica, en su actual deriva ante los nuevos cercamientos que median la actividad científica por los diferentes regímenes de propiedad en los cuales nos movemos, ha de ir poniendo en escena las discusiones clave, buscando *deconstruir* y descolonizar los escenarios en los que se debaten y se imponen estas agendas en la práctica concreta de investigación, dentro y fuera de nuestras universidades, a fin de promover una concepción otra de la Comunicología, en la lucha por el código, esto es, en la disputa por una práctica académica, política y social en defensa de una economía social del conocimiento y de los bienes comunes frente a agendas, políticas científicas y dispositivos de difusión que cercan y limitan la creación intelectual por la exigencia de acumulación y valorización capitalista. En particular, si bien es cierto que la determinación y naturaleza contingente de toda producción de conocimiento social, es hoy notoriamente superior a otras etapas históricas por el paulatino proceso de industrialización que envuelve en nuestro tiempo la tarea de pensar en un sistema de ciencia y tecnología crecientemente colonizado por la lógica abstrusa de valorización, no menos cierto es que se perciben hoy graves problemas ordinarios que deben ser abordados en términos de Sociología del Conocimiento, específicamente desde la crítica de la ideología, en el sentido de tratar de problematizar las nuevas formas de *práctica teórica* en los contextos histórico-culturales contemporáneos desde el punto de vista, en el sentido benjaminiano, del *sensorium* del actual modo de información que impone el Capitalismo Cognitivo.

En este contexto, numerosas son las cuestiones a pensar y definir desde un enfoque sociocrítico. A saber:

- El estudio de las formas de la subsunción del trabajo académico en el Capitalismo Cognitivo contemporáneo.



COMPOLÍTICAS

Grupo interdisciplinario de Estudios en **Comunicación, Política y Cambio Social**

- El análisis de las políticas públicas del Sistema de Ciencia y Tecnología y las nuevas formas de Neocolonialismo.
- La imposición de nuevas gramáticas en la escritura académica.
- Las contradicciones de la difusión del pensamiento comunicacional y los límites al desarrollo científico que imponen los oligopolios del conocimiento.
- La crítica teórico-metodológica de los sistemas de indicadores de impacto y sociometría como cercamiento del trabajo creativo.
- La problematización del derecho de propiedad intelectual y la defensa de sistemas de acceso libre para una Ciencia Abierta.
- La investigación de las formas de institucionalidad favorables a una economía de los bienes comunes del conocimiento y la democratización de la práctica científica.
- O la transdisciplinariedad que las Humanidades Digitales y los modos de investigación en red, mediados tecnológicamente, introducen a modo de nueva cultura o estilo de investigación al nuevo sujeto cualificado del conocimiento.

La asunción de tales retos teóricos, hoy por hoy, no aparecen, por lo general, en la agenda de trabajo de grupos e investigadores regionales. Antes bien, son temas marginales e invisibilizados en las publicaciones, pese a la creciente conciencia de los trabajadores intelectuales sobre la importancia y centralidad que adquieren tales problemas de forma ordinaria en el trabajo académico. En parte, tales cuestionamientos tienen lugar en un contexto estructuralmente hiperconcentrado y bajo el dominio del relato neoliberal que impide la crítica por la opacidad de las relaciones constitutivas que condicionan el trabajo académico. De hecho, el propio sujeto o investigador tiende solo a criticar las formas más aparentes o superficiales de esta captura. Así por ejemplo es habitual la crítica a la burocratización. Es demostrable la captura del tiempo de dedicación a cumplimentar formularios, rellenar perfiles en la red, justificar procedimientos o responder a encuestas de satisfacción y protocolos de calidad que terminan por anular la pasión por el conocimiento. Ahora bien, la forma de dominio de la investigación tiene lugar más que a este nivel en las formas de organización del propio sistema de ciencia y tecnología.

En este sentido, podemos formular tres críticas iniciales –en términos de la lógica económica neoliberal– a discutir desde la Universidad en este proceso:

1. *Eficiencia*. Tal y como demuestran Haffman y Radder, la eficiencia es solo una promesa en este modelo del Capitalismo Cognitivo. Gran cantidad de



investigadores quedan excluidos fomentándose con la competencia cuellos de botella y dificultades de acceso que invierten el equilibrio de la correlación recursos-resultados. Esto es, como la propia economía neoliberal, el modelo de cultivo del Capitalismo Cognitivo es evidentemente ineficiente en el ámbito de la investigación social. La lógica parasitaria que promueve arruina el talento, aportes y actividad de un gran número de investigadores por la imposición del principio de escasez de canales, recursos y fuentes para su actividad. Un ejemplo doloso evidente de esta ineficiencia tiene que ver con la difusión del conocimiento. Es evidente que no resulta nada favorable para un sistema nacional de ciencia y tecnología una política que invierte dinero público para ser transferido al centro del capital –Estados Unidos, por ejemplo, y sus oligopolios del conocimiento– negando la pervivencia de una industria editorial propia de revistas, por la exigencia de publicar en monopolios como Thompson Reuters. Los estudios sobre el coste de publicar en inglés ya han sido desarrollados ahora que se insiste desde el Instituto Cervantes en el valor económico del español. Los economistas neoliberales no analizan por ejemplo el coste de que cada investigador o ciudadano tenga que aprender el inglés por imposición –ni las dificultades de adquisición de ciertas destrezas y competencias lingüísticas en el caso de campos especializados como la ciencia. Según Hoppe (2015), para Reino Unido son más de 13.000 millones anuales de beneficio, los cuales deberían considerarse un claro perjuicio para el desarrollo de la industria cultural latina. Por no mencionar las acciones que han iniciado, en la propia docencia y organización del campo, de la resistencia del cognitariado en forma de sabotaje y huida de esta lógica de la exclusión. Entre la actitud perversa de los investigadores de un sistema que no reconocen – porque resulta injusto e improductivo– y la subversión activa opuesta al modelo imperial que se introduce en la Universidad, el caso es que el modelo de organización del campo resulta menos productivo en proporción a un modelo de Ciencia Abierta y autónoma.

2. *Calidad y competencia.* Como sucede en los medios, la precariedad de la fuerza de trabajo incide directamente en la baja calidad de contenidos. Por ello la Periodística aborda hoy el tema con preocupación. Del mismo modo, una academia comunicacional precarizada, sin consideración de la industria – nunca la tuvo–, está llamada a bajar los estándares de calidad, justamente por la homogeneidad de indicadores neopositivistas de producción que hoy rigen en la lógica difusora que impera con la competitividad. La obsesión por la excelencia ha llevado, en esta inercia, a todo tipo de planteamientos: desde el plagio en el inicio de la carrera investigadora de los más jóvenes, presionados por una exigencia de productividad nada razonable en un proceso largo de formación, hasta el pirateo y la repetición sin creatividad de los investigadores *senior*, obligados a trabajar sobre ciertos tópicos y metodologías que impone el sistema, por no olvidar la ausencia de producción teórica original ante el empirismo reinante que todo lo gobierna. La cultura de los ganadores impone en esta dinámica la abstracción de la ciencia como resolución concreta de problemas que oculta y olvida los descontentos y desahuciados de este modelo neoliberal. El modelo crediticio, valga el juego de palabras, ha desacreditado a tal grado la academia que empiezan a renunciar los más jóvenes a una carrera sin sentido, además de algunos de los mejores y más veteranos académicos, por la loca



carrera de impactos requeridos, sin diálogo ni construcción en común. El conocimiento es –siempre lo fue– compartido. Crece si se comparte, porque la vida está tramada, también la ciencia, en ecosistemas. Nacer, dice Morin, es conocer. Y como en la vida, no es recomendable soñar en islas de Robinson, sino en archipiélagos conectados de áreas, departamentos, grupos, institutos y universidades. Conectar, compartir, dialogar son las lógicas de cooperación que hacen posible el avance del conocimiento. Esta es *conditio sine qua non* para el progreso del saber. En Comunicología, la Ciencia Aplicada de lo Común, bien lo sabemos. Por ello confundir la calidad de un medio de difusión con la calidad en sí del producto difundido, o identificar excelencia con un puesto en un ranking es más que un indicio. Se trata más bien de una señal confusa del ser, el deber y el estar que ha de distinguir a todo sujeto de conocimiento.

3. *Innovación*. Finalmente, la crítica del Capitalismo Cognitivo ha de cuestionar el fetichismo de la economía emprendedora ante los monopolios virtuales. En la era del turbocapitalismo, renovarse o morir actualiza el discurso *schumpeteriano* de la destrucción creativa como principio irrenunciable de la docencia y la investigación. Al amparo de este discurso mixtificador se favorece la concentración de presupuesto en áreas, grupos, territorios, departamentos e investigadores selectos, reduciéndose las condiciones de acceso a recursos por el conjunto y mayoría del campo académico en general. Ya hemos argumentado lo ineficiente de este modelo. Pero más allá aún, el problema de la destrucción creativa, como decimos, no solo es su ineficiencia sino que, por ende, excluye a amplios conjuntos de investigadores, sin incrementar la innovación pues, como decimos, uno ha de investigar lo que el sistema financia o publicar aquello que las jerarquías establecidas definen en la posición de poder desde ciertas plataformas oligopólicas de difusión del conocimiento. Por otro lado, el sistema de cercamientos del Capitalismo Cognitivo objetivamente limita la innovación. Primero porque no está demostrado que con la contribución científica el sistema reconozca un retorno a los trabajadores del campo. Así por ejemplo quien suscribe –permita el lector ilustrar con un caso propio– ha vivido en la última década una merma de recursos. Pese al incremento considerable de resultados de investigación y la productividad del grupo dirigido –COMPOLÍTICAS– uno observa cómo han ido progresivamente menguando los recursos de retorno por el incremento de la productividad y aportes al campo. Esta realidad se da por lo general en el propio Estados Unidos (productividad intensiva y elevada concentración de fondos en grupos y proyectos de I+D prestigiosos) o, como demuestran Haffman y Radder, en otras latitudes como Holanda. El paso de la “biscuit factory” a la “Factory logic” representa la reducción de diversidad, equilibrio, criticidad y cultivo de áreas como las humanidades, consideradas de baja eficiencia productiva, por no ser directamente rentable según la lógica neoliberal; lo que sin duda elimina una de las condiciones para la innovación: la diversidad. Por otra parte, la pérdida de creatividad tanto en la docencia como –para el tema que nos ocupa– la investigación es notoria en los últimos años. La reorganización de las funciones directivas en la universidad –siguiendo los esquemas de la empresa postfordista, con mayor control jerárquico y menor autonomía en los procesos, incluso a nivel micro con la burocratización– reduce el margen de creación por la imposición de lógicas tecnocráticas que poco o nada tienen que ver con la pregonada cultura innovadora a promover en



instituciones inteligentes. La conminación a publicar, la serialización de lo mismo en las revistas top indexadas, la estandarización, aún especializada, de la ciencia da cuenta de la lógica de ley de hierro del capital en la práctica académica cuando se elimina la condición de todo acto creativo: la autonomía. Como ya nos explicara Bourdieu, aquellos investigadores que no se rinden a las concesiones propias de un hacer productivo determinado por esta lógica quedan al margen, ignorados, invisibles, obliterados en la historia y estructuración del campo específico de investigación. Y esto de forma cada vez más determinante. La precarización a la que hacemos referencia es el reverso de la conversión en mercancía del propio investigador y su promoción reticular por portales privativos que nos hacen cotizar en bolsa, con independencia del valor real y efectivo del trabajo realizado. Cabe advertir al lector que esta aventura apenas ha iniciado. Es previsible que cuando Google Scholar se convierta en referencia métrica de revistas científicas como parece ser con Journal Scholar Metrics, el papel de la Universidad será trabajar para Silicon Valley. La colonización obviamente no es solo lingüística. Se trata de la subalternización de los conocimientos, instituciones y formas de producción local, de acuerdo a la captura del trabajo vivo que imponen los GAFAM y otras corporaciones financieras. Cabe pues cuestionar el futuro de la investigación a la luz de este contexto del que, lamentablemente, apenas se ocupa, en términos de Economía Política del Conocimiento la propia academia tal y como venimos razonando.

POR UNA POLÍTICA DE LO COMÚN

Hemos señalado al principio del artículo cómo es común negar la dimensión cultural consustancial a todo proceso de mediación social del conocimiento, para validar, como trasfondo, la filosofía TINA (no hay alternativa posible), en las formas de producción y transmisión del conocimiento, del mismo modo que, obviamente, en los contenidos curriculares de la enseñanza. Como resultado, la Universidad naufraga en la deriva de la lógica mercantil presa de:

- La formalización administrativa y su racionalidad burocrática.
- La política científica mercantil y cortoplacista.
- El ilusionismo determinista del fetichismo tecnológico.
- La regulación de los oligopolios externos que cercan el conocimiento socialmente disponible (Thomson Reuters, Elsevier, etc. . . .).
- La crítica de la razón ilustrada.
- El neodifusionismo positivista.
- Y el empirismo abstracto reeditado como paradigma de lo correcto.

No vamos a extendernos en el análisis a todas las preguntas implícitas en este cuestionamiento que remitirían a una discusión a profundidad sobre el sentido de la docencia en términos de filosofía de la educación. No es el objeto principal de este aporte al debate. Pero sí cabe derivar de tal razonamiento la constatación, a modo de



hipótesis de trabajo, que hoy se impone una investigación administrativa, sometida, desequilibrada, instrumental, acrítica, inconsistente, banal, medida y replicada insustancialmente en función de la lógica de la absoluta irrelevancia. Hablamos, claro está, al menos desde las Ciencias Sociales, pero cabe observar que campos como la medicina o la ingeniería esta colonización es mucho anterior, más intensiva, llegándose a abordar problemas de conocimiento insignificantes para dejar de lado otras cuestiones que los intereses creados de grandes emporios o el propio capital financiero eluden promover por su escaso retorno monetario.

Un diagnóstico crítico materialista de las condiciones de producción científica exige, a modo de conclusión, por lo mismo, la identificación prioritaria de nuevos ejes de discusión en la agenda política, empezando por asumir, de acuerdo con Dardot y Laval, la idea motriz según la cual la revolución del siglo XXI pasa por construir una nueva política comunista, una propuesta articulada de economía de los bienes comunes, acorde al tiempo de la biopolítica contemporánea. Y en este proceso la comunicación es vital si la concebimos como Ciencia Aplicada de lo Común (Sodré, 2014).

La razón de ser de la Comunicación, en este nuevo marco de comprensión, pasa por partir del reconocimiento de los *lugares comunes* que nos vinculan y, de algún modo, también nos afectan, superando los muros simbólicos y las aduanas económico-culturales que nos mantienen aislados en una estéril diferencia conforme a las matrices culturales de Wall Street. La renuncia del pensamiento social a las utopías materialistas significa, a este respecto, el desplazamiento del campo de trabajo hacia el pancomunicacionismo, desde un discurso idealista que anula el potencial liberador del proceso de integración global del capitalismo, reproduciendo una falsa experiencia de la realidad, tal y como los personajes de Black Mirror experimentan en su naufragio vital, encerrados sin saberlo en el universo de la fatalidad. Tenemos pues por delante un arduo trabajo teórico y práctico de construcción colectiva de democracia cognitiva en el campo. Un comunicólogo de este tiempo debe ser militante de la filosofía materialista del encuentro y la alteridad, de la radical dialogía, participando siempre, en todo lugar y en todo momento, del necesario compromiso histórico más que como autor (siguiendo la estela kantiana y/o cartesiana) en calidad de intérprete o mero traductor de los signos de un tiempo-encrucijada en el que hay que ensayar para crear, imaginar para compartir y, siempre, sin renunciar a ello, pensar contra todo tiempo y marea, esto es, de forma intempestiva, la comunicación como espacio de construcción de lo común. Aquí y ahora. Pues sabemos que no hay conocimiento sin pasión, ni transformación sin deseo o afán de superación. La creación es vida en movimiento, imaginación liberada, producción sensible de lo común. Decir lo que se piensa, hacer lo que se quiere y vivir como se sueña. Este y no otro es el principio esperanza que anida en la voluntad de liberar la Comunicología de la lógica de captura que cerca y amenaza con la inanidad al trabajo académico de investigación. Todo un programa de trabajo, sin duda.

REFERENCIAS



BOUTANG, Y. Moulrier et al (2004). *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid: Traficantes de Sueños.

BREA, José Luis (2007). *Cultura-RAM*. Barcelona: Gedisa.

EAGLETON, Terry (1998). *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*. Madrid: Cátedra.

ECHEVERRÍA, Bolívar (2011). *Antología. Crítica a la modernidad capitalista*. La Paz: Vicepresidencia de Bolivia.

FERNÁNDEZ SAVATER, A. (2016, 19 de febrero). Disciplinar la investigación, devaluar la docencia: Cuando la Universidad se vuelve empresa. *El Diario. Es*. Disponible en: <http://bit.ly/1QPVBXJ>.

GIUDICI, Erneste (1974). *Alienación, marxismo y trabajo intelectual*. Buenos Aires. Editorial CRISIS.

HOPPE, D. (2015): “Los costes del monolingüismo”, *Le Monde Diplomatique*, número 143, Abril.

JAMESON, Fredric (2013). *Representar El Capital. Una lectura del tomo I*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

JENSEN, Pablo (2015): “La verdad científica y el tigre salvaje” *Le Monde Diplomatique*, Diciembre, 2015, p.8.

LAVAL, C. y DARDOT, P. (2015). *Común. Ensayo sobre la revolución en el Siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.

MANGONE, Carlos (2007): “El relativismo académico y la intervención político intelectual” en *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, Número 2, Otoño. Buenos Aires: UBA.

MARTÍN SERRANO, Manuel (2006): “Para reconstruir el sentido que tiene el intento de deconstruir las ciencias sociales” en *REIS*, 114, pp.137-152.

MORAÑA, Mabel (Ed.) (2014). *Para una crítica de la modernidad capitalista. Dominación y resistencia en Bolívar Echeverría*. Quito: Corporación Editora Nacional.

NEGRI, T. y HARDT, M. (2004). *Multitud*. Barcelona: Debate.

SIERRA, Francisco (Coord.) (2016). *Capitalismo Cognitivo y Economía Social del Conocimiento. La lucha por el código*. Quito: CIESPAL

SODRÉ, Muniz (2014). *A ciencia do Comum*. Rio de Janeiro: Editora Vozes.

TAPIA, L. (2013). *De la forma primordial a América Latina como horizonte epistemológico*. La Paz: CIDES/UMSA.



COMPOLÍTICAS

Grupo interdisciplinario de Estudios en **Comunicación, Política y Cambio Social**

ZAFRA, Remedios (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Madrid: Anagrama.

ZAROWSKY, Mariano (2007): “En torno al vínculo saber-política en los trabajos de Armand y Michèle Mattelart en el período chileno” en Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura, Número 2, Otoño. Buenos Aires: UBA.